

prensa española y extranjera. Muy al comienzo, desde enero de 1903, se convirtió en la primera redactora de un periódico (*Diario Universal*) con columna diaria (“Lecturas para la mujer”), firmada con el seudónimo de *Colombine* que la hizo popular.

Su incesante preocupación por los problemas sociales de España la llevó a promover diversas campañas desde la prensa: la primera de ellas, en favor del divorcio, tuvo gran resonancia y provocó un amplio debate social; vinieron después otras, contra la pena de muerte, en favor del voto femenino, contra diversas leyes discriminatorias o contra la guerra. Muchas veces su papel fue de pionera en la defensa de tales causas, en particular de las nacientes reivindicaciones feministas. El objetivo de Carmen de Burgos era situar a las mujeres en un plano de igualdad con los hombres, para cuyo fin contemplaba un largo y lento camino en el que era preciso extender su educación y promover su integración en la vida social. La autora utilizó su columna, que desde 1905 pasó a ser “Femeninas” en *Heraldo de Madrid*, como un medio eficacísimo para dar noticia de las actividades y progresos femeninos en las sociedades europeas más avanzadas, lo que supuso una gran contribución al proyecto de europeización de España.

A lo largo de su vida, Carmen de Burgos desplegó una actividad vertiginosa. Pronunció conferencias desde tribunas muy prestigiosas, como el Museo del Louvre, la Sorbona, y otras universidades de Europa y América. Fue miembro de diversas organizaciones culturales españolas y extranjeras, en especial, ingresó en la Academia de Ciencias de Lisboa, y también fue condecorada por el gobierno portugués con el Collar de la Orden de Santiago y la Espada. Llegó a presidir organizaciones feministas, como la Cruzada de Mujeres Españolas y la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas; al frente de ellas, por primera vez en España, salió a la calle en 1921 para exigir el voto femenino a las puertas del Congreso. Recorrió a lo largo de su vida toda Europa y varios países de América, estableciendo vínculos con personalidades y organizaciones, entrevistando a gobernantes, escritores y artistas, y dejándonos siempre testimonio de tan ancha experiencia. En sus últimos años fue mencionada para la Real Academia Española, e ingresó como miembro de la selectísima Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, reconocida como lo que fue, una figura de estirpe ilustrada.

Como escritora, representa la figura femenina de la Generación del 98, y evolucionó con las principales corrientes literarias del primer tercio del siglo XX,

desde el Regeneracionismo hasta el Vanguardismo, en el que participó junto a su compañero Ramón Gómez de la Serna.

La guerra de Marruecos en los artículos de Carmen de Burgos

El año 1909 trajo memorables acontecimientos a la vida de Carmen de Burgos: publica con gran éxito *Los inadaptados*, su primera novela larga; prepara un magno estudio sobre el poeta Leopardi; consigue regresar de Toledo a Madrid con una plaza definitiva como profesora de la Escuela Normal de Maestras, y se inicia su relación sentimental con Ramón Gómez de la Serna, con quien organizó en febrero un homenaje a Mariano José de Larra. En especial, nos interesa recordar aquí una de sus grandes acciones pioneras, la vivida durante aquel verano, que la convirtió en nuestra primera corresponsal de guerra.

Sus artículos en *Heraldo de Madrid* venían siendo esporádicos, incluso habían desaparecido durante algunos meses, aunque en abril, continuando con su labor feminista, había reseñado el libro de Moebius *La diferencia mental de la mujer*, que al parecer había logrado suscitar una viva polémica, y que ella misma se propuso traducir.

Una vez acabada su labor docente en la Escuela Normal de Maestras de Toledo, su columna regresó al *Heraldo* a primeros de julio comentando los recientes exámenes de fin de curso y abominando del sistema educativo en que las examinandas habían aprendido “las mismas teorías y la misma ciencia que iluminaba al mundo en los primeros siglos de la Edad Media [...] nada de pensar, discernir o discutir”. Acababa repasando las perspectivas de futuro de las mujeres según su clase social: refugiadas en sus privilegios unas, ancladas en la miseria las de clase trabajadora, y sin cauce alguno las de “esa desdichada clase media, más culta, educada y selecta que la aristocrática”, que no tiene más opción que las “deficientes Escuelas Normales” (4-VII-1909).

Mientras tanto, la guerra de Marruecos cobraba creciente protagonismo en todos los diarios, hasta que el 27 de julio se produjeron los hechos terribles del Barranco del Lobo, la masacre de soldados españoles por parte de los rebeldes cabileños. Los acontecimientos se precipitaron. En Barcelona se desencadenó un alzamiento revolucionario en protesta contra la guerra, cuya represión convirtió aquellos días finales de julio en la que se conocerá como Semana Trágica. El abismo que estos hechos abrieron en la sociedad acabó en pocos meses con el gobierno de Maura.

En agosto, Carmen de Burgos viaja a Málaga, en compañía de su hermana Catalina, para seguir más de cerca el estallido bélico y enviar crónicas al periódico. Poco antes de su partida, el día 1, publica en *Heraldo* un homenaje a la labor de las damas de la Cruz Roja, al tiempo que explica la tarea filantrópica de la organización en distintos países. El día 8 aparece en el diario su primera crónica (“Desde Málaga. De nuestra redactora *Colombine*”). Desde ese momento, se dispone a visitar, ver y dar noticia de todo cuanto se organiza para la atención de los heridos, pero, contra su costumbre, no comenta, no analiza, solo aplica una lente fotográfica. Hasta el día 11 no sabemos la causa: la prensa ha sido sometida a la censura militar (“otras preguntas son inútiles, pues ni estas ni las respuestas las dejaría pasar”).

El día 9, la autora informa de su visita a los hospitales habilitados en Málaga describiendo los recursos y la planificación de la asistencia. El día 10 cuenta su visita a los heridos recogiendo su deseo de ser trasladados a sus ciudades para ser atendidos. Al día siguiente se ocupa de los barracones de la Trinidad, para heridos leves, visitados nuevamente en compañía de los responsables de la asistencia, y comenta el grave problema de escasez de agua que sufren en Melilla, resuelto insuficientemente con el envío de barriles en todos los vapores que parten hacia la ciudad. Veladamente, Carmen va transmitiendo su juicio sobre la precariedad de medios: “se deja sentir la necesidad de que organice sus servicios [la Cruz Roja] y aparezca con la grandeza de que es capaz y que ha demostrado en los diversos países”. En esa alusión esconde todo lo insatisfactorio de los servicios visitados, al tiempo que revela el “presentimiento de graves sucesos” que agita a la ciudad.

Desde el día 12 hasta el 18 no reaparece su crónica en *Heraldo*; en el intervalo, Carmen y su hermana se han trasladado a Almería, desde donde ahora envía su crónica. En sus impresiones, la ciudad ofrece “un bello ejemplo de entusiasmo patriótico y humanitario”, favorecido por la proximidad a Melilla y por la constante comunicación entre ambas ciudades. La inquietud de los ciudadanos la representa en una escena que conmueve por su sabor de otro tiempo: “Todas las noches, un periódico local expone los telegramas al público en la farola del paseo, uno de los sitios más concurridos de la población, y la gente, hombres, mujeres y niños, forman cola, ávidos de leer las noticias”. El servicio de correos de Almería canaliza toda la correspondencia de soldados y familiares; son miles de cartas diarias que el personal habitual es, según reivindica Carmen, incapaz de atender.

El día 20 resume por secuencias la actividad solidaria desplegada en la ciudad, nombrando a veces a los donantes más destacados, y el 21 describe la constitución de la Junta de Damas de la Cruz Roja de Almería, pero su columna no reaparece en *Heraldo* hasta el día 25, mediante un “Telegrama de *Colombine*” enviado desde Melilla el día antes. La primera impresión que produce es que sorprendió al propio *Heraldo*, la segunda es que Carmen no salió de Madrid con un plan definido. Quiso dirigirse inicialmente a Málaga porque allí llegaba y se concentraba la información, pero en la ciudad se fue fraguando el deseo de acercarse al escenario de los hechos.

Se manifiesta de nuevo un rasgo esencial del carácter de Carmen de Burgos, un anhelo de ir siempre más allá, no solo intelectualmente. Ir a Melilla, al campo de batalla, era el modo eficaz de vencer la censura militar, de conseguir un documento real de la guerra. Si desde Málaga se vedaba a las Damas de la Cruz Roja el pasaje a la ciudad, y por tanto, también a Carmen, desde Almería, apoyada por familia y amigos, consiguió el medio de trasladarse a la ciudad asediada. Tal vez viajó en el “vaporcito «Siglo»” que diariamente transportaba el correo y al que ella alude con ese diminutivo. Su hermana Catalina, la siguió en la nueva aventura.

La primera corresponsal de guerra.

Carmen de Burgos se convirtió de este modo en la primera mujer española corresponsal de guerra. Del asombro que causó en *Heraldo de Madrid* da idea la inserción en portada, a toda plana, de su primera crónica desde Melilla, el día 30 de agosto de 1909. Los titulares llevaban antetítulo (“Por los campamentos”), cabeza (“*Colombine*, en Melilla”) y una entradilla resumiendo su extenso contenido. Toda su misión se justifica por actuar de puente corresponsal para las cartas de los familiares de los soldados, pero, al mismo tiempo: “nos obliga a recorrer los campamentos y a contemplar las escenas de la vida de los ejércitos en guerra”. Describe Carmen su recorrido por los batallones, donde es recibida y obsequiada por los mandos; reproduce la vida de los soldados, sus cánticos melancólicos, y se deja conmovir por el espectáculo cuando cae la noche (“En el cielo oscuro, con profundidades de terciopelo, brilla más intensamente la luz de dos luceros”). Al final, nos hace asistir en relato vivo, dramatizado, a su regreso nocturno hacia la ciudad, contagiada del espíritu patriótico:

“Entonces nosotras volvemos a Melilla, avanza el coche con las luces apagadas para no servir de blanco a los moros, y el alto de los centinelas nos

detiene varias veces, dándonos el ¿quién vive? Es preciso contemplar este espectáculo para comprender con qué entusiasmo, con qué devoción, con qué amor tan inmenso sale de nuestros labios la respuesta: ¡España!”.

El día 9 de septiembre se publica en *Heraldo* su visita a los hospitales, que “se encuentran diseminados”. El hospital central, de 205 camas (“ocupadas casi todas”), es un caserón “viejo y derruido”, “antihigiénico”, pero la asistencia de los doctores es “inmejorable”. Con asombrosa desnudez, sin valoraciones, menciona a los heridos graves, “los atravesados de pecho y vientre, los de heridas en la cabeza, que era difícil transportar a España. Muchos, con las piernas y los brazos amputados, sufren inmóviles en la cama”.

Un día después, describe una misa de campaña al pie del monte Gurugú: las formaciones de soldados, el paisaje, los proyectiles sobrevolando la escena y haciendo blanco en las laderas. Después de servido el rancho, los soldados entonan el himno de su batallón, “que tiene el poder sugestivo de todos los aires que incitan al heroísmo y saben conmover el corazón, como los acordes de La Marsellesa o el himno de Riego”. Reaparece así la cronista que piensa mientras ve, y aflora su postura política en los himnos escogidos como ejemplo. Nuevamente Carmen cierra el recorrido de su mirada con algún elemento conmovedor; esta vez, los cánticos en que vierten su dolor los soldados:

“el espíritu épico se despierta con la campaña en nuestros soldados; en todos los batallones hay una multitud de poetas, que, en forma incorrecta cantan sus anhelos de gloria o son cronistas de las batallas.

Algunos han impreso sus romances, muestras de una literatura popular primitiva, que tiene el mérito de salir del corazón y, por lo tanto, la cualidad de conmovernos profundamente”.

El día 15, *Heraldo* difunde la protesta contra la censura militar iniciada por la prensa madrileña, que se va extendiendo por la de toda España mediante telegramas de adhesión dirigidos a Moya, el presidente de su Asociación. Una comisión formada por Ortega Munilla, Trullas y Soldevilla ha viajado a San Sebastián para entrevistarse con el rey y solicitar su mediación.

Carmen publica su última crónica el día 19; probablemente en ese intervalo ha regresado a Madrid. Relata la invitación a tomar té en casa de Mohamed Maimón, un moro rico “de los más leales a España”, aparentemente monógamo, que en realidad cuida como esposa a la más bella, en tanto que las otras: “las

esclavas, trabajar”. Describe al mismo tiempo el ritual tradicional y minucioso con que se prepara y sirve el té árabe. Antes, el 31 de agosto firma “En el Dchar”, donde describe la visita realizada en compañía de su hermana a un característico poblado marroquí, en el que son acogidas con gran expectación. Las mujeres moras admiran y palpan sus ropas, sus sombreros, las halagan y las obsequian¹. A la descripción de las visitas sucede siempre la emoción de los atardeceres (“El lento crepúsculo africano nos envuelve en una luz de rosa y oro”), y también aflora su costumbre de meditar:

“Una multitud de consideraciones filosóficas, inciertas, vagas y tumultuosas invade mi espíritu; pienso qué elemento tan poderoso podía ser la mujer tomando parte, como lo han hecho las francesas, en la obra de la civilización de los pueblos, mientras que para despedirme de las nuevas amigas africanas agito en el aire mi pañuelo blanco”.

Vemos así que no solo la guerra atrajo su atención, sino también la vida de los rifeños, sus costumbres, e inevitablemente, la vida de las mujeres, su preocupación nunca olvidada.

Recapitulando, en Melilla realizó Carmen una labor humanitaria dando noticia de la situación de los soldados a los familiares que se lo solicitaban, y en las páginas de *Heraldo* se publicaban diariamente las listas de enfermos y heridos. En los artículos, reprimía por el momento sus juicios antibelicistas. Más tarde, a su regreso, se lanzó a una nueva campaña, esta vez contra la guerra, que ella considera suprema barbarie humana. Carmen hizo en su artículo “¡Guerra a la guerra!”, no sólo una declaración de principios, sino también un profundo y documentado estudio en que recoge diversas reflexiones que sobre la guerra habían elaborado pensadores y figuras históricas (Tolstoi, Anatole France, Pascal, Federico II, Flammarion, Maupassant, Lao-Tsé, etc.); las conclusiones de su alegato final tienen una vez más un sentido humanista, y se ocupa incluso del efecto seductor que inspira el sentido épico de la guerra, que para ella es degradación de lo humano:

“Yo he visto la guerra, he presenciado la tristeza de la lucha; he contemplado el dolor de las heridas en las frías salas de los hospitales, y he visto los muertos en el campo de batalla... Pero más que todo esto, me ha

¹ El diario *ABC* recogió en su portada una fotografía de este encuentro de Carmen de Burgos con las mujeres marroquíes (31-VIII-1909).

horrorizado la crueldad que la guerra despierta, cómo remueve el fango en nuestras almas, cómo nos habitúa con el sufrir ajeno hasta casi la indiferencia... y sobre todo ¡cómo penetra el odio en los corazones! Sí, con la barbarie de la guerra surgen los atavismos bestiales borrados en nuestra selección”¹.

Entre sus ideas antibelicistas defiende el derecho que todo hombre tiene de negarse a matar, y cita los ejemplos de los pioneros en la objeción de conciencia:

“El mundo civilizado pone el fusil en la mano del hombre, le da orden de matar, y si el hombre arroja el arma y rehúsa ser homicida, se le trata como delincuente... Todo hombre debe, ante todo, y cueste lo que cueste, negarse a tal servidumbre”².

En la portada de *Heraldo*, se publicó el 29 de septiembre el gran titular de “La bandera española en la cumbre del Gurugú”, describiendo la operación de asalto iniciada el día 27. En la plaza del Progreso y en la calle de la Colegiata número 7, sede del *Heraldo de Madrid*, se concentró al atardecer un “inmenso gentío” ávido de información y dispuesto a festejar la toma del monte Gurugú. La prolija información sobre Melilla que había difundido el diario durante aquellos dos meses había polarizado la atención de los lectores.

Casi un año después, *La Correspondencia Militar* publicaba en su portada una columna sin firma en que se recordaba la labor realizada por Carmen de Burgos en Melilla y en que se reclamaba para ella al Ministro de la Guerra, el general Aznar, la condecoración debida a sus merecimientos:

“Entre los cronistas y corresponsales que la prensa periódica envió a la última campaña de Melilla y que desde allí informaron a la nación del curso de las operaciones, figuró en distinguido lugar por las preeminencias de su sexo, por su talento, por su patriotismo y hasta por la firmeza de ánimo con que soportó privaciones, penalidades y riesgos, la ilustre y bella escritora doña Carmen de Burgos, *Colombine*, cuyos interesantes artículos recordarán con gusto, seguramente, cuantos los leyeron, y cuyo nombre es bendecido desde entonces en multitud de hogares españoles. [...] mientras a los demás

¹ C. de Burgos, “¡Guerra a la guerra!”, en *Al balcón*, Valencia, Ed. Sempere, s.a. (1913), p. 204. En el artículo quedaron recogidas sus verdaderas opiniones que, según explica, hubo de acallar “por no poder publicar los artículos”.

² *Ibid.*, p. 205.

periodistas que estuvieron en Melilla y a algunas damas que prestaron servicios relacionados con la campaña se les ha concedido una cruz y una medalla que sin duda merecieron, ella no ha obtenido igual recompensa, cosa que constituye una sensible preterición, no voluntaria, seguramente, sino achacable a un olvido que fácilmente puede subsanarse”¹.

En ningún lugar figura que se subsanase el olvido.

El relato *En la guerra*, crónica novelada

Todos los materiales citados que compuso Carmen de Burgos sobre la guerra de Marruecos, y contra la guerra en general, los recompuso para la elaboración de un interesante relato documental que publicó muy pronto, el 29 de octubre, en *El Cuento Semanal* y que tituló *En la guerra (Episodios de Melilla)*². Se trata de un testimonio fundamental para exponer las opiniones antibelicistas de la autora, que han de reaparecer años después durante el periodo de la Primera Guerra Mundial (*El permisionario*, *Pasiones*, *El desconocido*, 1917, y *El fin de la guerra*, 1919), y ya aparecieron en esbozo en su cuento *El repatriado*, contra la guerra de Cuba.

Justifica su novela como una catarsis necesaria de los horrores presenciados. Sobre este alegato conviene subrayar algunos conceptos. Lo que se rechaza profundamente es el desprecio de la vida y la insolidaridad con el dolor humano, pero no hay un ataque al estamento militar; tal vez, porque en todos ellos, incluidos los mandos, veía la autora el riesgo y el sacrificio; por otro lado, debía de sentirse deudora del trato recibido durante su estancia en Melilla, aparte de mostrarse prudente en un momento de especial sensibilidad patriótica.

No obstante, salpican la novela ideas y actitudes que pudieron no ser bien vistas en el ámbito castrense: la preocupación por la indefensión innecesaria de los soldados, por la indiferencia con que se conocían las bajas (p. 44); el dolor por los caídos, en medio de la exaltación de la victoria (p. 56); la comparación de los

¹ *La Correspondencia Militar*, Madrid, 17 de agosto de 1910. Esta petición de condecoraciones, recogida al final de la novela *En la guerra*, no debió de ser concedida nunca a Carmen, pues ella no las cita al alegar sus méritos. El artículo en sí es el mérito para Carmen al revelar su labor en Melilla.

² *El Cuento Semanal*, Madrid, Año III, Núm. 148, 29 de octubre de 1909. Con ilustraciones de Agustín. Lo reeditó la autora junto a otras cinco novelas en el volumen del mismo título, en F. Sempere y Cía, (Editores), Valencia, s.a. (posterior a 1912). Modernamente, se volvió a editar en la selección de novelas de la autora *La Flor de la Playa y otras novelas cortas*, Castalia, Madrid, 1989. Cito por la edición de Sempere.

himnos de los batallones con himnos revolucionarios como “La Marsellesa” o el “Himno de Riego” (p. 28); la ironía crítica de la misa de campaña en medio del combate (p. 25). El elogio que les dedica sobre la caballerosidad y buena administración del ejército (cap. 4º, pp. 26-27) pudo no compensar el malestar que causaría la novela.

En la guerra es un documento histórico (o intrahistórico) de gran interés, que nos sitúa en el escenario mismo de la guerra de Marruecos; y, técnicamente, es un modelo excepcional dentro de la narrativa de Carmen de Burgos, que se puede definir como crónica novelada, novela documental, reportaje novelado: cualquier etiqueta que implique el rigor objetivo del documento socio-histórico, compatible con lo subjetivo y lo novelesco.

Esta panorámica sobre la guerra se construye sobre una base descriptiva en la que el diálogo y la acción narrada tienen apenas espacio; de tal modo, los episodios a que alude el subtítulo son más bien cuadros dinámicos del aparato y acción militares, o de la cultura mora, con profusión de datos geográficos, incluyendo además una detenida presentación de la ciudad de Melilla con su composición social y sus rivalidades étnicas. La misma autora presenta la obra como “labor de periodista”, subrayando así su valor de documento.

La parte novelada es mínima en proporción, pero de suma importancia; compone una historia de amor esbozada, de la que se intercalan pinceladas a lo largo de los capítulos (sólo tiene predominio en I, VII y VIII); se trata de un artificio que no estorba la pureza descriptiva y que cobra una gran intensidad al final, cerrando el relato con un fuerte sentimiento contra la guerra como destructora de la vida y del amor. Máxima importancia tiene la protagonista Alina, cuya conciencia es la única perspectiva desde la que se enfocan los hechos; representa a la autora como testigo permanente y da testimonio de sus sensaciones, emociones y juicios.

Muy de destacar es la alarma reiterada que manifiesta Carmen ante el poder de seducción del espectáculo bélico y ante el hábito que crea, capaz de conmover incluso los principios humanos más sólidos:

“Se familiarizaba con el espectáculo pintoresco de la guerra, con el horror del mal necesario, y hasta sentía los anhelos de lucha, el odio a los semejantes, la alegría del triunfo alzándose sobre el dolor de las víctimas” (p. 42).

La suerte de los soldados se erige en preocupación central de la novela: sus expectativas, su cotidianeidad, sus padecimientos, las horrendas mutilaciones que sufren, su posición de víctimas ciegas que lo ignoran todo sobre la propia guerra. La autora va preparando el horror que les rodea como en un “crescendo”, a través de alusiones veladas a los cadáveres insepultos, a las bandadas de cuervos, al desastre del 27 de julio, para culminar en el dantesco hallazgo de los soldados muertos en el Barranco del Lobo, subrayado por el contraste con la alegría de la victoria: “Los que llegaron hasta él contaron con horror el espectáculo lúgubre de los cadáveres insepultos, desnudos, despedazados por los cuervos y profanados por los rifeños feroces” (p. 55)

La autora se sitúa siempre del lado del que sufre, del perdedor. Es notorio frente al enemigo rifeño, denostado por sus crueldades en la lucha, y dignificado por su dolor cuando es sometido: “Algunas tribus se sometían enteras. Al acercarse los españoles enarbolaban banderas blancas y acudían a humillarse [...]. Después del sacrificio de entregar sus armas, se postraban en tierra [...]. Aquello recordaba la sumisión de los indios americanos ante los conquistadores” (p. 47).

Un lugar destacado ocupa en el relato, igual que en los artículos que la autora publicó en *Heraldo*, el interés por la mujer. Propone Carmen por medio de su heroína un modelo de mujer libre de prejuicios, independiente, compañera del hombre, sincera, generosa, lúcida, cosmopolita; dotada, por tanto, de unos valores positivos no estrictamente femeninos, sino humanos. Frente a ella, la mujer melillense simplemente no existe, permanece ajena al mundo: “Parecía que en Melilla cristianos, moros y judíos rivalizaban en ocultar a sus hembras” (p. 14). Atavismo social que, con tono noventayochista, lamenta la autora: “Decididamente no estamos aún europeizados” (p. 16).

Pero mucho más lejos de su modelo ideal está la mujer mora, de la que Carmen construye un triste documento. Lejos de toda intención pintoresquista o costumbrista, las presenta ocasionalmente como sombras huidizas, inaccesibles, hasta desplegar al final sobre ellas la artillería de su crítica (pp. 52-53). ¿Por qué este rigor? Para nuestra autora encarnan todo aquello contra lo que lucha: sobre todo, el espíritu de sometimiento servil por temor al amo o por buscar el bienestar de la favorita. Las rechaza por haber renunciado o no haber alcanzado la noción de dignidad humana. Ella está invirtiendo sus esfuerzos en una etapa más evolucionada.

Volvamos, para terminar, al tema de la guerra, al grito final de la novela: “¡Paz a los héroes!” (p. 58). Más que como ironía, aparece como una mueca horrorosa en denuncia de la carga de hipocresía social que acompaña a la guerra: el grandilocuente “paz a los héroes”, a los muertos, tiene como reverso “guerra a los vivos”.

Una escritora antibelicista

Hemos visto que Carmen de Burgos se comprometió muy pronto con la causa de la paz. Ya en 1909, cuando publicó *En la guerra*, su ideario respecto a esa tragedia humana estaba totalmente elaborado. La base de ese pensamiento de raíz humanista la enriquecía con un extenso aparato erudito en el que recopilaba juicios emitidos contra la guerra por prestigiosas figuras históricas.

Ahondando en las causas de las contiendas, descubre Carmen que en la vida cotidiana de todo pueblo sólo se aspira a la paz; descubre asimismo que en el origen de todo conflicto están los intereses de los poderes, económicos o políticos, y que estos necesitan, para arrastrar a los pueblos a sus luchas, hacerlos partícipes de sus intereses. Aparece entonces un tercer elemento que sirve de señuelo: la utilización de los conceptos de nación, de estado soberano, de patria, que, exacerbados convenientemente, conducen a los pueblos a la lucha con una fuerza irracional. A partir de entonces, con suma cautela, critica la autora los, en su opinión, peligrosos ideales patrióticos. No obstante, los respeta cuando un pueblo se defiende contra la opresión de un invasor (*El desconocido*). Es decir, sobre un sólido substrato ideológico, la autora, cuyo pensamiento es siempre antidogmático, adapta sus juicios a las particulares circunstancias históricas.

Más adelante, la contienda europea provocó en Carmen el resurgir de sus posiciones antibelicistas, para cuya defensa mantuvo una actitud de compromiso activo. Viajó por los países en conflicto y entró en contacto con diversas organizaciones humanitarias, recogiendo un testimonio vivo del magno desastre social. La huella que esta experiencia dejó en su conciencia fue dando lugar a una serie de relatos muy intensos, en los que dentro del marco general de la guerra construyó diversos dramas humanos.

Todos ellos se desarrollan en varios niveles. Uno lo forma el marco social, distante siempre del escenario de la batalla, aunque éste sí lo recogió la autora en su novela *En la guerra*, según hemos visto. En otro nivel, argumentalmente el más importante, examina la autora los efectos del desastre en la vida de los individuos,

descubriendo su aniquilación física y moral; utiliza sobre todo intensos episodios amorosos, cuyo esencial sentido vital ataca la base misma de la guerra. Un tercer nivel lo forman las reflexiones de valor ideológico o histórico que la autora vierte sobre todo a través de sus personajes. Son novelas, por tanto, documento, son también novelas testimonio, pero son sobre todo novelas portadoras de inmenso dolor humano.

Rasgo esencial, superpuesto a todo, es el predominio del pensamiento sobre la acción, la intelectualización. Incluso las pasiones de los personajes importan más por la reflexión a que conducen. Pero no nos movemos en niveles abstractos porque, siempre, la materia de esa reflexión es la vida y su sentido.

La cuarentena de Goytisoló: Identidad árabe islámica, hermenéutica española, signos de revolución

Abeer Mohamed Abdel Hafez

abirhafez4@hotmail.com

Universidad De El Cairo

0. Introducción.

En este artículo se estudia la noción de la identidad árabe- musulmana y sus conceptos históricos, sociales y culturales vistos desde una la perspectiva propuesta por la novela *La cuarentena*¹ (1991) de Juan Goytisoló (Barcelona,1931). La obra se inscribe en uno de los espacios narrativos predilectos por el autor: el mundo árabe y musulmán, el cual goza de prioridad en su producción literaria, dado su profundo conocimiento de la historia, la política, la religión, el sufismo, y en general, la sociedad árabe musulmán. Este profundo conocimiento del autor le facilitó percibir los signos de un inminente cambio anhelado en estos países, que fue plasmado más tarde en el estallido de las revoluciones y en el levantamiento de la primavera árabe.

Por otra parte, el escritor catalán pretende elaborar a través de su obra un “Orientalismo Español”, y reestablecer redes de vínculos arraigados desde hace mucho tiempo entre las identidades árabes e hispánicas, lo que muestra, por otra parte, una hibridez cultural cuyas raíces adquieren una significación más amplia dada la antigüedad de dichas relaciones. Los conceptos de este orientalismo se basan en fundar aproximaciones ideológicas, además de construir un mosaico de escenas históricas de tradición español, árabe e islámico. Esta circunstancia rechaza el dominio occidental, considerado como una identidad que supera las demás identidades de otros pueblos y otras culturas no europeas, tal como ha sido

¹ Goytisoló, Juan, *La cuarentena*, Mondadori España, Madrid,1991. Todas nuestras citas procederán de esta misma versión.